

Sazonemos nuestro mundo para Cristo

MATEO 5: 13 DICE que somos la sal de la tierra. Así como los alimentos sin sal no tienen sabor y resultan desagradables, nosotros tampoco lo somos cuando carecemos del sabor de la presencia de Dios en nuestra vida. Sin la presencia de Dios podemos experimentar la insipidez o la inutilidad de vivir una vida al margen de la voluntad de Dios.

A medida que vemos cumplirse las señales de Mateo 24, reconocemos la cercanía de la venida de Jesucristo. El planeta ha perdido el gusto por vivir un estilo de vida semejante al de Cristo. En su lugar, la gente parece preferir el brillo del mundo y el estilo de vida inmoral de complacerse a sí misma. Es hora de que decidamos como Josué: «Por mi parte, mi familia y yo serviremos al Señor» (Jos. 24: 15). ¿Cómo podemos darle sabor a nuestro mundo para Cristo? Podemos:

1. Relacionarnos con los no creyentes. Conectar con las personas mediante un saludo alegre, compartir literatura y lecciones bíblicas, mostrar un interés genuino por su bienestar y orar por sus necesidades es una muestra de amabilidad, amor y preocupación. Estos gestos dicen mucho del Reino de Dios.
2. Ser conscientes de las necesidades y tener discernimiento. Una evaluación formal o informal de las necesidades en nuestra localidad nos ayudará a tener una actitud receptiva, especialmente hacia los pobres y los menos afortunados. Luego, asociarnos con Dios para que nos guíe en cómo ayudar a satisfacer esas necesidades. Recordemos la advertencia de Proverbios 28: 27: «El que da al pobre no tendrá pobreza, pero el que aparta de él sus ojos tendrá muchas maldiciones».
3. Orar mientras se recorre la comunidad. A medida que transcurre la vida, desarrollar el hábito de orar en silencio por aquellos con quienes nos cruzamos. Identifiquemos las necesidades espirituales de quienes se cru-

zan en nuestro camino a diario, ya sean familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo o socios comerciales, y elevemos una petición a Dios para que sazone sus vidas con el sabor de la misericordia y la gracia.

4. Compadecernos, empatizar y/o celebrar con ellos. Tanto si se trata de una pérdida, un duelo o un logro, recuerde que «a la gente no le importa lo que sabemos, hasta que saben cuánto nos importa» (Theodore Roosevelt). Seamos esa influencia y, como la sal, dejemos que la presencia de Dios nos acompañe para sazonar estas situaciones con palabras, hechos y acciones. El consuelo, el ánimo o la celebración que se necesitan en estos espacios en los que entramos es como sazonar el mundo para Cristo.
5. Extender la invitación, de manera apropiada. Seamos oportunos y estratégicos para presentar a otros el conocimiento de Cristo que tenemos y disfrutamos. Una vez que hayamos establecido esa conexión con los descarriados, los indecisos y los desanimados, y ellos se sientan atraídos por el aroma que desprendemos, no debería ser difícil invitarlos a seguirnos al reino de nuestro Padre. Esto podría ser a través de la adoración en nuestra casa o en la de ellos, en la iglesia o por cualquier medio que les haga experimentar el deseo de vivir una vida agradable a Dios.

De la misma manera en que la sal sazona la comida, esforcémonos, con la gracia de Dios, por sazonar las vidas de aquellos con quienes nos relacionamos, y que, a través de nuestro estilo de vida cristiano y el conocimiento del evangelio de la verdad que compartimos, podamos ganar el mundo para Cristo.

Judith Forbes

*Subdirectora de Escuela Sabática y Ministerios
Personales/Ministerio de Posibilidades
Departamento de Servicios Comunitarios/Banco
de Alimentos de la Asociación de Jamaica*